



## REVISTA DE LOS CAZADORES.

## UN DESEO JUSTO.

Constantemente estamos recibiendo de nuestros suscritores cartas, que revelan el estado de abandono en que por parte de las autoridades se halla todo lo relativo al fomento de la caza, y en las que se nos excita á que continuemos reclamando el cumplimiento de la ley vigente. Nuestros lectores habrán comprendido lo identificado que nos hallamos con sus deseos, y pueden estar seguros de que no perdonaremos cuantos medios de gestión se nos presenten, á fin de que el gobierno de S. M. adopte disposiciones enérgicas que pongan coto á los desmanes que se cometen contra la propiedad, toda vez que dentro de la ley hay medios de evitar abusos que todos lamentamos.

Doloroso es decirlo; pero debemos confesar que es tal la indiferencia con que en muchas localidades se mira un asunto de tanto interés, que en algunas de ellas no se tiene conocimiento de que existe una ley de caza.

No basta que autoridades celosas hayan publicado edictos, más ó menos acertados, acerca de la prohibición de cazar en la época marcada por la ley; no basta que las

de Madrid hayan decomisado algunos pares de perdices: todo esto, principalmente el decomiso, es muy conveniente y digno de elogio. Pero la gravedad del mal, los justos clamores de los propietarios y arrendatarios de terrenos dedicados á la cría y conservación de la caza, exigen que tan salvadoras medidas sean extensivas á todos los pueblos de la monarquía.

Suplicamos al señor ministro de Fomento que, sin perjuicio de adoptar con el detenimiento debido otras medidas, se apresure á dar á conocer la ley de 3 de Mayo de 1834 y á ordenar su más exacto cumplimiento, obligando á la vez á las autoridades municipales á que no permitan en tiempo de veda la venta de ninguna clase de caza.

En el Gobierno de S. M. confían los dueños y arrendatarios de terrenos, y creemos que no confían en vano.

M. B.

## EL NIDO DEL ÁGUILA.

(Conclusion.)

Seguí con indiferencia aparente á su encuentro: me preguntó dónde iba tan extraviado; le contesté que á lo más alto del pico á descubrir terreno con el anteojo, que llevaba en efecto col-



gado en su estuche á la espalda; y á su vez me dijo que andaba buscando una oveja que se le había extraviado: mentira evidente, pues las ovejas, teniendo pasto abundante más abajo, ninguna gana tienen de encaramarse á las alturas donde escasea la yerba. Si hubiera dicho que buscaba una cabra, animal de gustos opuestos, pudiera haber hecho más verosímil su cuento. Despedímonos, pues, y señalando como punto de nueva partida el sitio desde el cual tan mal de su grado se había vuelto el pastor, contesté á mis compañeros que seguían gritando, y en breve nos vimos reunidos. Les conté mi encuentro, y recomendándoles el mayor silencio y que escudriñaran escrupulosamente los alrededores, seguimos andando unas cien varas; uno de los exploradores se encontró unos pedacitos de caña, cortados con navaja al sesgo, y cerca unos pedazos de tomiza fina de esparto sin cocer: lo último nada tenía de particular, pero lo primero sí, pues creciendo las cañas á más de una legua de distancia (en Tobarra), no era probable que nadie las hubiera traído á aquellos vericuetos sin algun objeto, y como este no podía ser otro que el de hacer una especie de varejon largo para derribar la caza desde el nido, tanto este como las cañas, no debían estar lejos del sitio donde las habían empalmado.

Yo fui acercándome á la cornisa que por aquí formaba el risco, mientras los otros buscaban las cañas, que encontraron bien escondidas entre dos peñascos á poca distancia. En seguida di la orden de preparar con postas las escopetas por si los padres se presentaban, y guardar el más absoluto silencio, mientras yo iba á escuchar tendido en el suelo á la orilla del precipicio para averiguar el punto fijo donde estaba el nido. Apenas pasaron cinco minutos cuando sentí piar uno de los pollos, y fijándome en el sonido y siguiendo á rastra y sin ruido su direccion, llegué á un pequeño promontorio, que dominaba á otro un poco á la izquierda, en cuyo frente había una especie de repisa ó plataforma de roca, sobre la cual estaba el nido con la cría, y varias piezas de caza, á cuatro varas de distancia horizontal y unas seis á siete varas más bajo de donde yo me hallaba. Busqué el sitio más á propósito, y encontré una meseta que, aunque en pendiente rápida hacia el precipicio, ofrecía ventaja para mi objeto, que era apoderarme de la cría viva y sana, para poderla luego domesticar y enseñar á cazar para mí, poniéndola un bozal de que yo solo tuviera la llave, para que acostumbrándose á recibir todo su alimento de mi mano, me trajera la caza después de matarla con sus garras.

Llamé, pues, á mis compañeros, y haciendo que con las fajas muy bien anudadas hicieran una cuerda, la até sólidamente á mis pies. En el

extremo de la caña de pescar puse un lazo corredizo, que se mantenía abierto por medio de dos ramillas puestas en cruz, y tendiéndome boca abajo en la pendiente, sostenido por la cuerda atada á mis pies, que por precaucion se sujetó por el otro extremo á un tronco de pino, para el caso de que volviendo los padres obligasen á mis compañeros á soltarla para tomar las escopetas, me arrastré hasta sacar la cabeza y los hombros fuera de la cornisa, dominando así el nido y el precipicio.

Tomando entonces la caña con pulso, logré pasar el lazo por encima de la cabeza del pollo mayor, y tirando de pronto se apretó en términos que pude ir retirando la caña y subirlo hasta donde me hallaba, y con ayuda de uno de mis compañeros, le até el pico y las patas, de que se empeñaba en hacer un uso desesperado é inútil, en vez de resignarse á su suerte tranquilamente. En seguida volví á preparar el lazo á beneficio de su hermano, pero este, escamado sin duda por el ejemplo del otro, no quiso dejarse enlazar, y en una de sus huidas salió del nido, yendo á estrellarse al pie de la rocas, donde quedó muerto.

Viendo que ya no quedaba otra cosa que hacer, derribé con la punta de la caña toda la caza que había en el nido, y por último, tiré por el mismo camino la caña. Los padres no habían parecido; y dejando para mejor ocasion el buscarlos, cosa que ofrecía pocas probabilidades de éxito, pues al ver destrozado su nido y robada su cría, lo más probable era que emigrasen á otros sitios más hospitalarios, nos fuimos por lo más corto al valle, donde recogimos el pollo muerto, dos perdices sin cabeza ni cuello, una tórtola medio comida, un conejo en el mismo estado y una liebre casi sin lesion, que era sin duda la última presa que habían llevado, probablemente la que nos llamó la atencion causando la destruccion de la familia.

El pollo que pescamos era mayor que una gallina, con el pico amarillo en su base y negro en la punta; las garras amarillas con uñas negras y fuertes; todo el cuerpo sin una sola pluma, cubierto con un plumon enteramente igual á la piel de cisne; los ojos pardos, vivos y penetrantes. Lo puse en un capazo ancho, con yerba y una piel de oveja para que no tuviera frio, y lo crié con carne cruda y tripas de la carnicería: á los tres meses se había vestido de un plumaje hermoso, castaño, y me conocía lo bastante para dejarse acariciar y acudir cuando lo llamaba, teniendo ya más de dos varas y media de punta á punta de las alas. Al año era algo más oscura la pluma, y llegó á pasar de tres varas la extension de las alas; pero desgraciadamente, sin poderse averiguar el por qué, amaneció un dia con un ala estropeada, y siendo muy costosa su manutencion,



no habiendo ya esperanza de utilizarla en la caza, que había sido mi propósito, tuve que mandarla matar, con tanto más motivo, cuanto que no teniendo miedo á las personas, se arrojaba á los niños como una furia, y era fácil una desgracia á poco que hubiera un descuido. Segun pude colegir por las dimensiones, color del plumaje y demás caracteres que en su desarrollo iba presentando, debía pertenecer este ave á la clase de las más grandes de las que habitan este continente, y no debía ser de las llamadas águilas reales pues estas son de menor talla de la que prometía alcanzar la mia. R. A. E.

## UNA CACERÍA EN ANDALUCÍA.

(Continuacion.)

### IV.

Eran las cinco de la tarde del siguiente día: la hora anunciada por el presidente.

Frente al edificio que por antonomasia llaman las Delicias, y en donde antes existió un famoso ventorrillo, caballero en un bergantín cuadrúpedo aguardaba Joselito la llegada de la alegre comitiva, rodeado de treinta ó cuarenta podencos, la mayor parte de ellos *entraillados* por ser de ajeno dominio y por no muy buenos títulos adquiridos.

No se hacen esperar mucho por cierto. Óyense las pisadas de caballos, y aparece el presidente sobre el brioso potro sabino, que impaciente y ardoroso tasca el freno cubierto de blanca espuma: Carrasco el angelical, que monta la jaca negra, con sus arreos chispeantes, trailla y manta de mil colores y mosquero de escarlata: Zeñoluguito el sandunguero sobre la jaca tordilla que piafa y cabriola; y.... bravo, bravo, viva la gracia, el artista Tercerillas, con su camiseta grana, sombrero de cubilete que sujeta el barboquejo, camisa con chorreras, botín y calzon de malla, terciada la manta á lo contrabandista, sobre la yegua melada de pura sangre andaluza, lánzase en medio del círculo; la yegua sobre las piernas, jadeante y espumosa, y el jinete sonriendo que saluda con la diestra.

Y todos llegan: nuevo tropel de caballos, voces, algazara, relinchos de los corceles, aullidos de los podencos, bullicio alegre y atronador, torrente de entusiasmo, que llega hasta el delirio, con la llegada del respetable doctor Sancho-Corre.

Caballero en una mansa y sosegada mula, en ademán risueño y apacible, arrellanado en las amugas á manera de venerable párroco, aparece en la escena el buen doctor.

Y hé ahí precisamente vindicado el aumento progresivo de entusiasmo, de risas y de alegría á medida que este personaje avanzaba y se incorporaba á la reunion.

Cobijado bajo un sombrero secular, por su antigüedad, por su historia y sus recuerdos; sombrero descomunal que apenas dejaba percibir la figura del doctor; sombrero gigantesco y monumental, cuyas enormes alas fueron un día el amparo del ejército de Epaminondas contra las inclemencias del cielo; sombrero terrible, en fin, que causaba asombro, y bajo del que, á manera de tienda de campaña, marchaban la mula y el doctor, envuelto este en un ancho repon, que apenas puede distinguirse si es chaqueton de contramaestre ó clámide romana ó goda.

Festivo, amable y suspicaz como siempre, acoge benévolo la *guasa* del saludo general que le atolondra, y dirigiendo á todos afectuosas y picarescas sonrisas, pone gravemente su mano sobre el estómago, y en tono semi-solemne, semi-burlon exclama: «Aquí os aguardo, polluelos....»

El buen doctor, que maldita la afición que en su vida columbrara por la caza, asistía, sin embargo, á todas esas escenas por su cualidad de Hipócrates honorario de la sociedad, por su festivo y alegre humor, por la originalidad de sus chistes y por su predilección especialísima por los honores de la mesa.

La aparición de este personaje fué como hemos dicho saludada con frenéticos aplausos, y en medio del entusiasmo no falta una voz que grita: «La bota.... venga la bota;» y corre de mano en mano, una enorme borrracha, que á manera de globo aéreo, ondea y flota casi perpendicular sobre la boca de los que absorben su néctar. Á su vez el doctor esperaba el turno, y alargando el brazo cuanto pudo, pugnaba por pillarla.... mas á un grito del presidente, desaparece como por encanto la borrracha, y el diabólico escuadrón parte al galope como un rayo, y entre nubes de polvo y chispas de fuego, caballos y ginetes y algazara se confunden, se pierden, se evaporan.

El doctor, como hombre de mundo, olvida lo de la bota y ve impasible alejarse la turba bulliciosa: mira en torno de sí la soledad que le rodea, y al picar la mula para lo que en este país se llama *nafarse*, su mirada se encuentra con la de Joselito, que escondido tras el portal de las Delicias, mira asustado y de reojo el sombrero del doctor.

—¡Hola, buen hombre! ¿Está V. ahí? exclama este con semblante ya más animado: pues entonces, cambio de plan, y nos iremos juntos tras de los niños.

—Pero diga V., compadre, insiste el doctor *trincado*, á las riendas de la mula; ¿habrá ladrones?

Joselito se incorpora sobre el burro, sacude con brios la cabeza, dirige en derredor la mirada del leon, palpa su escopeta.... y con esa sonrisa y ese *aguel* de esta tierra, exclama:—¡Cáll!....



Parte la mula, y el burro detrás; y hay quien afirma que no hizo otra cosa Joselito, durante el camino, que mirar á hurtadillas el sombrero del doctor y santiguarse con fervor. . . . .

Un cuarto de hora llevaban de camino: el doctor mohino, y silencioso José. Mas como contra la ley orgánica de la naturaleza no hay fuerza ni oposicion posible, el doctor rabiaba por dar sueltas á su lengua, y ancho campo por donde su fantasía calenturienta de poeta corriera y se ensanchara en raudo y sublime vuelo.

De pronto, y al dar vuelta al camino, preséntase Jerez á la vista del doctor sobre lo alto de un cerro; y parando la mula, pálida la faz, vidriosa la mirada, levanta la enorme ala del sombrero, que á duras penas consigue echarlo hacia atrás, alarga con trágico ademan el brazo, y con voz sonora y solemne entonacion, exclama:

«¡Jerez!..... Hela allí cual matrona recostada y soñolienta: señala con el índice sus feraces campos: tranquila y serena la faz, clava su mirada en la bóveda azul de los destinos.... y su rico manto de púrpura y oro lo salpican las aguas del Guadalete, que en lento y apacible murmullo vienen á besar sus piés.....»

José, que atónito miraba y escuchaba al doctor, al oír aquellas voces, aquellas exclamaciones y extraños gestos, pica de pronto al burro, y aguijoneándole con los talones en los hijares y con la punta de la vara en las proximidades del rabo, toma á todo correr del asno la vereda para Jerez, medroso y asustado cual si viera una vision.

El doctor, que ve la huida y el semblante descompuesto de José, con todos sus pulmones le grita: «¿Á dónde vas, cuadrúpedo? Depon ese miedo, imbécil; y ven, mostrenco, y escucha las grandezas de tu patria.»

No repuesto aún del susto Joselito, pára receloso, sin embargo, el burro, y á una respetable distancia escucha las declamaciones del doctor, que en estos términos y á grandes voces se expresara:

«¡Oh, Jerez, mi bella patria! ¡cuáles serán tus destinos? ¡Tú, que en un día viste tus ricas praderas devastadas, talados tus inmensos bosques, que en gigantes hogueras levantarán sus llamas hasta el cielo! ¡Tú, que oíste el apresto marcial y el estrépito belicoso de mil legiones de guerreros, el relinchar de los caballos, el crujir de los aceros, el ronco son de los clarines y atabales, el clamor de las venganzas y los rugidos fieros de las huestes de Mahoma! ¡Tú, que desde tu lecho de flores miraste las relucientes cotas de acero, las brillantes monturas de los corceles, el fulgor de las espadas y la cohorte guerrera del último rey godo! ¡Tú, que viste á Rodrigo con los per-

fumes del festin y con la testa coronada, cubierto con el manto de escarlata recamado de brillantes, rubies y esmeraldas, en la mano el cetro, y sobre el carro de marfil y oro, en medio de los ayes del moribundo, y del temible estridor de las batallas; y que temible é imponente como el dios del exterminio, rodando sobre sangre, sobre el lodo y los cadáveres, fué á sepultarse con sus huestes medrosas y atrevidas en las turbias aguas del Guadalete, rojas ya de sangre árabe y goda!

«¡Tú, que oíste al huracan bravo, que caliente aún de sangre humana, retumbaba ¡Traicion.... traicion!.... y las satánicas carcajadas de las hordas salvajes de Mahoma, que cual torrentes desbordados se lanzaron á cuchillo sobre los restos inertes del último ejército godo; y luego en legiones mil y mil, asolaron nuestros campos, derribaron nuestros templos, y la cruz caída vió sobre su puesto elevarse altiva la orgullosa media luna!

«¡Y patria y glorias, y religion y libertades santas, hundiéronse por luengos siglos en las aguas del Guadalete!»

Y al llegar aquí, el doctor lloraba; y haciendo una pausa, con su pañuelo enjugó sus lágrimas, limpiando al mismo tiempo cierta secrecion indiscreta de la nariz, mientras que José, cada vez más asombrado, pensaba y decia para sus adentros: «Lo mejó será guillármela.»

Repuesto el doctor de su exceso de entusiasmo, continuó con no ménos calor y énfasis:

«¡Oh, Jerez, ciudad hermosa! ¡cuál será tu destino, hoy que apenas columbra su horizonte la vieja Europa; hoy que la hidra sangrienta de la revolucion asoma su deforme cabeza por el Oriente, y sacude su cola por Occidente? Patria de los Garci-Perez, de los Carrillos, de los Pulgares y de los Vargas-Machuca, ¡qué será de tus fértiles campiñas, de tus riquezas, de tu industria y tu comercio?....»

Esta vez ya el doctor no lloraba, pero de rodillas sobre la cabalgadura, con el rostro hacia Jerez y la espalda en direccion á la cabeza de la mula, en ademan fervoroso y con la barba sobre el pecho, parecía que oraba.

José, anonadado, sin haber comprendido ni pizca de la charla del doctor, con la boca abierta, representaba en aquel momento un simil exactísimo ó remedo del célebre escudero Sancho Panza: dudoso sobre el partido que debiera tomar, optaba por marcharse; mas recordando en el momento que el hombre más debe á la humanidad que á sí mismo, arrójase del burro, y con paso sutil y cauteloso, acércase al doctor, y con acento respetuoso le dice: «Tenga cuenta, zeñorito, que en esa poztitura, si la mula se menea, va V. ar suelo, y se pue V. quebrá una pata.»

Al acento nada armónico de José, vuelve de su



éxtasis el doctor, contempla el semblante compungido, al par que semi-espantado, de su interlocutor, siéntase tranquilo en sus amugas, enderezase el sombrero, y con entonación grave y un tanto chistosa, exclama: ¡Oh, tú, José, que de la raza humana solo tienes la figura, que no la fantasía ni el pensamiento, trota y coge la vereda, que la noche, que ya es cercana, podría hacer que yo la perdiera.»

Sigue la mula al burro y prosiguen el viaje.

## V.

Habia anochecido. La luna asomaba apenas su disco plateado por entre los blanquecinos celajes, y sus satélites misteriosos invadían el firmamento.

El silencio de la noche era solo interrumpido por el canto de los grillos y las cigarras, por el son acompasado que producían las pisadas del burro y de la mula, y por el grito del mochnelo, que, como centinela, velaba en la arboleda el nido de sus hijuelos.

A la luz incierta y fosfórica de la luna, distínguese apenas sobre la cumbre empinada de un cerro la casita rústica y blanquísima del coto.

De pronto suena el *Alabado sea Dios* del caminante que llega: salen al portal porción de perros ladrando; asómase el coto jarreando á las jaurias, y reconociendo á los nuevos personajes, grita: «El señor doctor.» Entonces mil antorchas y algunos que otros candiles, á falta de elegantes flameros, salen al portal, y la segunda aparición del doctor es de nuevo saludada con entusiastas aplausos y afectuosísimos apretones de manos y abrazos.

Apéase el doctor en brazos del coto, y tomando asiento en la butaca presidencial de rústico pino en blanco, suspira cansado y fatigoso, cual si de Californias llegara, y después de enjugar el sudor que inunda su frente, dice al auditorio un tanto amostazado: «Reniego de vosotros y de vuestras salvajes cacerías.»

Semejante apóstrofe es acogido como un chiste, y todos rien y celebran el buen humor del doctor.

En una espaciosa estancia, cuyas paredes reciben blanqueadas dejan algún que otro signo de las pasadas humaredas, y bajo de un techo ennegrecido por las fogatas, destácase una larga mesa cubierta de blanquísimos manteles, sobre la que brillan porción de luces, cubiertos, un sinnúmero de botellas, copas, vasos y todo el apresto de una opípara comida.

Pero no es ya sola la sociedad del círculo que ya conocemos, la que ocupa, invade y aturde la estancia: los individuos pertenecientes á otra sucursal de cazadores, su cofrade y hermana, el *Círculo de los franceses*, encuéntranse allí apiñados,

confundidos y en alegres y sabrosas pláticas con aquellos. Allí está el simpático *Montañés* de la rubia y rizada cabellera; *Delia* el tirador, el del ojo certero, aquel cuya escopeta rara vez suena sin que una víctima ruede por el polvo; el adusto y gruñon *Tordesillas*; el neófito *Agostini*; el obeso y respetable *Calomne*, y el indigesto *Don Bartolo*.

«¡Por la union y fraternidad de ambos Círculos!» grita copa en mano el bachiller Tello. «¡Á beber! ¡Á beber!» gritan á coro. Suena el cristallino son de las copas, y el néctar jerezano corre á torrentes.

Una comida cuyo carácter pudiera muy bien calificarse de *confortable* el más célebre gastrónomo; alegre, bulliciosa y divertida con los chistes y ocurrencias del doctor, es la escena que renuncio á describir, porque la pluma del cronista cae mustia y desmayada é impotente para comprender de un solo rasgo el cuadro original que presenta la mesa.

¡Ah! y el resto de la noche es delicioso. Apenas los manteles se levantan, rásganse de pronto los celajes misteriosos del Olimpo, y Melpómene, Euterpe, Terpsícore y Thalia descienden radiantes entre nubes de rosas y amarantos, y arrojan sus flores y sus gracias sobre el tosco pavimento; y Baco y Júpiter tonante también envían sus satélites á la alegre bacanal; y palmas, y laudes, y cantares melodiosos llenan los ecos de los campos de dulces y sonoras melodías.

Silencio. ¿No oís ese acento melancólico que en armónicos y vibrantes trinos, lanza millares de notas candenciosas, que llevan al alma la dulce postración del placer? Es Coquito que canta un polo..... y..... bravo, bravo, Tercerillas sobre la mesa, en postura gentil y denodada, batiendo al aire las palmas, da el quiebro precursor del baile *flamenco*, que tritura de gozo el corazón..... y mil sombreros caen á sus piés en medio del grito proverbial del entusiasmo andaluz.... ¡Ole, ole!

Y á compás de la guitarra, y de las palmas, y de los cantares del Fillo y de Silverio, empieza el *jaleo*, el baile del delirio, hasta que la mesa, desfallecida también de entusiasmo, y no pudiendo ya resistir los repetidos golpes de piés del gracioso bailarín, cae al suelo con estrépito hecha trizas.....

Los caballos de la aurora aparecen al escape por el oriente, y el clarín de Diana retumba por los anchurosos ámbitos del firmamento.

«¡Que viene el día!» exclama la atronadora voz de Joselito.

Callan los ecos de la guitarra: hay un momento de silencio, y muy luego empieza otra algazara de distinto género. Cada cual busca su escopeta y sus avíos, que no ve, y todo es confusión y



zambra: la jauría aturde con sus aullos; voces de los criados; órdenes á gritos perdidas acá; murmuraciones y tacos allá; muebles que ruedan á impulsos de aquel que busca su sombrero y no le halla; este otro que reniega y no atina á abrocharse las polainas; las bujías que se apagan, y el ronco son de la bocina del presidente Tello, del que todos huyen y murmuran á voz en grito.

Penetra la luz del nuevo día en la estancia, resablécese al fin la calma, y todos salen al portal pertrechados ya de todos sus menesteres.

¡Qué grandioso espectáculo! Hé ahí cómo el cazador goza, en momento dado, de todas las delicias que le indemnizan de sus fatigas y trabajos.

La aurora, el campo, una mañana de otoño.

Las frescas y perfumadas brisas matutinas, la luz pálida que precede al sol, el rocío, el canto de las alondras y gilgueros, la verde alfombra sembrada de perlas y rubíes.... el recogimiento que inspira el soberbio cuadro de lo sublime.... No parece sino que la voz de Dios resuena en el silencio de los campos, y conmovida el alma inclina el hombre su frente descubierta ante el portentoso misterio de la creación.

N. MATEOS Y FUENTES.

(Continuará.)

## BIOGRAFÍAS DE CAZADORES CÉLEBRES.

ADOLFO DELEGORGUE,

EL MATADOR DE ELEFANTES.

(Continuación.)

Los habitantes del África meridional consideran al elefante como el más peligroso de los animales, de manera que hasta los más intrépidos cazadores de leones dudan muchas veces aventurarse en su busca, á pesar de la gran utilidad que les prometen los magníficos colmillos de peso de ocho arrobas. Este miedo proviene del recuerdo de sangrientos episodios grabados en la memoria de los cazadores; pues familias enteras han sido destrozadas en el interior de sus tiendas bajo los piés de aquellos monstruos que pueden ser considerados como el azote del desierto.

Por eso es al elefante, al gigante de la tierra á quien nuestro héroe ha declarado guerra á muerte. Adolfo Delegorgue, verdadero cazador fanático, ha comprendido que para vencer á un enemigo, que sabe dar á sus ataques el impulso del odio y de la venganza, era preciso compensar á fuerza de audacia y de perseverancia la inferioridad de sus armas; porque la bala que no hiere la cabeza ni el corazón, hace en el elefante el efecto de un aguijón que redobla la rabia del animal, que herido y aun destrozado, vuelve á la carga con nuevo furor, ó se aleja llevándose sus

colmillos, que hacen el verdadero trofeo de la victoria.

Delegorgue, prescindiendo de las exageraciones de los naturalistas del siglo XVIII, ha encontrado el secreto de ensalzar más y más las cualidades fisiológicas del elefante, describiendo verazmente sus naturales instintos. ¿Qué hombre no se sentirá conmovido ante el interesante espectáculo de un elefante joven, andando al lado de su madre, en tanto que esta, entrelazando su trompa á la de su hijo, parece, como dice el autor, una buena madre guiando su niño con la mano?

Historiador concienzudo, Delegorgue no ha querido recargar sus cuadros de un colorido maravilloso: las tintas son verdaderas, y lo que es mejor aún, verosímiles. Siempre fiel á la sencillez que le distingue, y sin jactarse en lo más mínimo por los peligros que ha debido correr, nos habla de haber caído de repente en medio de una bandada de elefantes, del mismo modo que si se tratase de una bandada de perdices. Estuvo próximo á ser víctima de un búfalo herido y furioso: habla de este peligro como si se tratase de una fiesta; y sin embargo, refiere una escena palpitante que se lee con una especie de disgusto, porque se vé más que una falta, un crimen, en exponerse á ser devorado por un búfalo cuando hay leones en el desierto. Un valiente como Delegorgue está siempre obligado á escoger otro valiente para vencedor ó para víctima.

Cada página, cada línea de este libro excita en el más alto grado el interés de los lectores. Incidentes dramáticos, imágenes grandes y nobles, todo se encuentra reunido en él: el libro no se lee, se devora: se percibe en él el olor de la pólvora, el calor de los trópicos, el ambiente del peligro.

Obligado yo á encerrar en un cuadro demasiado estrecho y puramente cynegético la rápida descripción de una epopeya de siete años, no me es posible dar de ella más que una idea imperfecta. Pertenezco al número de esos desgraciados que tienen el triste privilegio de no poder tocar las flores sin marchitarlas. Yo no puedo expresar el tinte maravilloso que en sus pintorescas descripciones ha dado Delegorgue al cielo, á la tierra, á los seres y á las cosas: todo es allí grande, todo, hasta los menores detalles de la vida material, hasta el apetito de las fieras, que excita el de los mismos cazadores.

«Dime lo que comes, te diré lo que eres» ha escrito nuestro célebre Brillat-Savarin: 800 búfalos, 200 jabalíes, 56 rinocerontes, 43 elefantes, 30 hipopótamos y un gran número de pequeños antílopes, devorados en algunos meses, es la mejor respuesta que podríamos dar al filósofo epicuriano. Delegorgue, llevando la gula hasta la glotonería, mataba á veces un hipopótamo tan solo



por extraer la médula de un hueso. En aquellos festines colosales se veían emparrilladas de elefantes de tres metros de largo, y beefsteaks succulentos, confortables, capaces de hacer engordar al ser más descarnado de la creación.

Pero volvamos á tomar el hilo de nuestro relato, y digamos algunas palabras acerca de la caza del león, tan bien descrita por la elocuente pluma de nuestro héroe.

(Continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Director de la REVISTA DE LOS CAZADORES.

Varios amigos tienen arrendado los pastos y caza del real monte de Viñuelas con el objeto de cazar. Sufren, y no con paciencia, los continuos asaltos de los vagabundos huroneros, laceros y demás gente de este calibre, que por desgracia abunda en nuestro país.

Lo lógico y lo muy conforme con las leyes es que los alcaldes de los pueblos trataran de contener, en cuanto fuese posible, con sus facultades estos desmanes; pero es el caso que estos suelen ser los primeros á infringir el cumplimiento de las prescripciones legales. Y aquí viene un cuento como de molde.

«Un matrimonio tenía un hijo, y preguntado por una vecina: Dime, Antoñuelo, ¿quién es peor, tu padre ó tu madre?...—Abuelita, los dos son peores.»

El día 4 del presente Abril el señor alcalde y otros señores del ayuntamiento de San Sebastian de Alcobendas entraron á cazar en dicho monte, no con ánimo de *faltar al respeto* de la propiedad, ni de *barrenar la ley de caza*, que se publicó en primeros de Marzo, sino con el de distraerse un rato y dar un poco de expansión al ánimo. Después de algun tiempo se presentaron los guardas del monte y pusieron la correspondiente denuncia á los cazadores.

Así se me ha referido; pero yo no quiero darlo crédito, pues no cabe en mi imaginación que un alcalde y tres individuos del ayuntamiento tuvieran tal osadía; pero supongamos que así fuera: ¿cómo unos guardas se han de atrever á denunciar á un alcalde y compañeros! Porque ¿qué dirán las edades venideras si esto se hace, si no se guarda el debido respeto á las autoridades municipales? ¿Quién se encargará de la vara jurídica de un pueblo, si para recompensar las innumerables fatigas que dicha vara proporciona, no se le concede un ratito de distracción dónde y como quiera, para matar los *malhechores* conejos y las *feroces* perdices?

¿Qué tiene de particular que un día se disponga un arroz y se le añada algunos conejos, perdices y, si se puede, alguna otra cosa? Todo no lo ha de pagar el alcalde: con algo debe contribuir el arrendatario que paga y sufre; y si no, que no arriende, y se esté en su casa quieto.

¿Qué beneficios hace el arrendatario? Nada..... casi nada, cosa bien pequeña; veamos: paga el arriendo al propietario, el sueldo á los guardas, mantiene cinco ó seis familias, dá utilidad al comercio y á las artes, y fomenta la caza, remunerando la muerte de las alimañas.

¿Es posible, Sr. Director, que no pueda conse-

guirse que, por lo relativo á la caza, sea un hecho el respeto á la propiedad?

UN SUSCRITOR.

22 de Abril de 1867.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Muy estimado señor mio: Deseo me envíe V. una *Ley de caza* de las más modernas, y esto que sea á vuelta de correo, si puede ser; pues aquí no se conoce esta, y si la hay no se hace uso de ella por quien corresponde. Sin embargo de ser bastante escasa en este país la caza, no se cuida de su fomento; tanto, que ni se conoce la *veda* ni á su debido tiempo se publica bando ni edicto para ello, tolerando el que se cace en todas épocas y hasta sin licencia para uso de armas.

Aquí, por lo general, todos son cazadores: de profesion solo hay uno ó dos; los demás son de afición ó recreo; pero todos cazan fuera de la ley, es decir, sin las correspondientes licencias y sin respetar la época de la veda, ocurriendo el tirarse á una perdiz estando echada sobre los huevos, y con frecuencia cuando están con los hijuelos de dos ó tres días de nacidos; perdiendo como es natural toda esa prole, porque tan pequeños y sin el calor de su madre han de morir irremediablemente. No se mira más que el presente, sin tener en cuenta el porvenir; y si no se remedia este mal, muy pronto llegará el día en que quede completamente destruida en esta isla la poca caza que, como dejo dicho, existe.

Por aquí solo tenemos perdices, palomas, conejos y codornices en la época en que, como á la Península, vienen de la costa de Africa, crían, y después se marchan. Tambien hay algunos pájaros; pero todo escasea y es sumamente perseguido.

Yo, aficionado de corazón, estimaría á V. dijera algo en su apreciable periódico sobre este punto, para ver si por este medio remediamos, ya que no todo, parte de este escandaloso abuso.

UN SUSCRITOR.

Tenerife 13 de Abril de 1867.

SR. DIRECTOR DE LA CAZA.

Madrid.

Muy señor mio: Soy muy aficionado á las monterías, y voy á menudo á esta diversion á Sierra-Morena, donde hay en algunos sitios reses en abundancia, y donde tengo algunos amigos muy queridos, y aficionados tambien á este ejercicio tan saludable.

En una de las últimas monterías que se dieron en aquella sierra, terreno de Hornachuelos, sucedió con un venado grande una cosa muy graciosa, pero que pudo haber tenido fatales consecuencias.

Bajo el ciervo por el paso, frente á uno de los apostados, entrándole bien á tiro: le apunta este, y no sale el tiro; teniendo miedo á las escopetas de dos tiros, tiene la costumbre de tirar un cañon y después montar y tirar el segundo, y sucedió que mientras montaba y apuntaba con el cañon izquierdo, y en el acto de tirar del gatillo, por alguna circunstancia particular salió el primer tiro, comunicándose con el segundo, haciendo disparos simultáneos y tirando al cazador de espaldas, pero habiéndole dado antes una fuerte contusion en las narices.

Sale el venado destacado, derecho donde esta-



ba apostado el Sr. D. Juan de Mata, alcalde de Hornachuelos; y agachado detrás de un madroño, acechando por cuallado la tomaba, viendo que no se ladeaba, pues el ruido del animal seguía cada momento más cercano, levanta la cabeza D. Juan por encima del madroño, para observar, en el mismo momento que el ciervo tomaba el salto por encima de su escondite. Hubo de verle el venado, pues de paso le dió un par de coces en la cabeza que le tiró al suelo, arrojándole la escopeta por otro lado y saliéndole también ambos tiros.

Mucha risa y comentarios causó esta aventura, que no ha tenido consecuencias.

El venado se escapó á sus umbrias sin lesion ninguna.

Soy de V. afectísimo seguro servidor.

C. YOUNGER.

Cádiz 25 de Abril de 1867.

### VARIEDADES.

#### LA CAZA DEL MIRLO.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

A los primeros compases Rina se levantó en el aire lo mismo que una sílfide, haciendo tales cabriolas, tales piruetas y tantos primores, que aquello era una maravilla.

Los ladrones á cada momento exclamaban ¡bravo! ¡bravo! gritando como desesperados. Yo me decía á mí mismo: ¡qué es esto señor? yo estoy confuso; ¡hé aquí un par de piernas que indudablemente no me son desconocidas!.... porque me habían llamado la atención todavía más que la fisonomía, y cuando yo he visto una vez sola alguna persona no se me despinta jamás.

Nuestra bailarina seguía sin cansarse: es verdad que los aplausos debían darle nuevas fuerzas. Subía, bajaba, brincaba, hacía mil piruetas, y todo esto con la fisonomía más graciosa y hechicera. ¡Señores, esta es la verdad! El capitán estaba como un lelo, y yo rabioso; porque se me figuraba que aquellas piernas me reconocían también, y me estaban haciendo señas como quien quería decirme alguna cosa. Estoy seguro de que si hubieran podido hablar, hubieran dicho: buenos días, M. Lonet.

Estábamos á la mitad del paso del chal, cuando entró el ventero muy azorado, se dirigió al capitán y le dijo algunas palabras al oído.

—¡Ove sónol preguntó muy despacio al ventero.

—En San Dalmacio; le contestó.

—Acaba ese paso; aún tenemos tiempo.

—¿Qué hay? preguntó Rina, inclinando el cuerpo y poniéndose en jarras.

—Nada, nada, la respondió aquel; parece que esos canallas de pasajeros, que hemos detenido, han dado el alarma en Siennes y Florencia, y que con ese motivo tenemos ahí cerca en persecucion nuestra á los húsares de la gran duquesa Elisa.

—Pues llegan á tiempo, dijo Rina riéndose, y yo acabe mi paso.

—No; todavía otra pirueta más, replicó el capitán.

—No puedo rehusarte nada. Hágame V. el favor de repetir los últimos ocho compases. Vamos allá.

—Estoy buscando el arco, señorita.

—Sepan ustedes que el arco se me había caído de las manos al oír semejante noticia.

Al parecer le sucedía lo contrario á Rina: aquello la había dado más fuerza en las piernas. Entonces ya me convencí definitivamente de que las conocía. Pero señor, ¿dónde las había visto? ¿Dónde las he visto yo?

Ello fué que Rina, en mi concepto, no había conseguido jamás un triunfo tan completo. Dió un brinco hasta la puerta por donde se había ido á vestir, y volviéndose hacia nosotros como si se metiera entre bastidores, hizo una reverencia, y tirando un beso al capitán, se retiró.

—¡Bueno! ahora á las armas, gritó este. Preparad un caballo para Rina y otro para el músico. Nosotros iremos á pié, por el camino de la Romanía, ¿entendéis? Los que se pierdan irán á reunirse á Chinciano, entre Chinsia y Pianza.

—¡Pero, señor! pregunte al capitán: me va usted á llevar más adelante?

—Pues eso es corriente. ¿Cómo quieres tú que Rina baile si no tiene música, y cómo piensas que yo me pueda pasar sin verla bailar?

—Pero, capitán, va V. á esponerme á mil riesgos.

—Ni más ni ménos que los que corramos nosotros.

—Está bien; pero esa es la profesion de V. y no la mía.

—¿Cuánto ganabas tú allá en tu puesto en el corral de Marsella?

—Vean Vds., señores, cómo hablaba de aquel teatro.

(Continuará.)

### CRONICA.

La venida de los Reyes de Portugal se ha aplazado, y creemos que si el viaje llega á realizarse, la permanencia de SS. MM. en esta corte será de pocos días. Van desapareciendo las probabilidades de la cacería Real que estaba preparada.

Esta semana empezaremos á remitir á provincias, en pliegos cuidadosamente empacquetados, las cuatro láminas que hemos ofrecido: tres correspondientes al trimestre que hoy termina, y la otra de regalo.

Llamamos la atención del Ilmo. Sr. Director general de Correos, hacia el servicio del ramo. Hace algun tiempo que notamos lo que hasta ahora no habíamos observado: el extravío de las cartas. En cuanto á los números del periódico ya estamos acostumbrados á remitir uno mismo dos veces, y á vernos en la precision de certificar el tercero.

El número próximo contendrá también 32 columnas de texto de caza, porque queremos insertar tres cartas sobre la Exposicion de Paris, que deseamos vayan en un mismo número.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.